



Todas Las vidas importan

Israel Montalvo

Se dio cuenta de la razón que siempre tuvo esa frase, la que estaba estampada en la camisa negra del Borrego en letras blancas, resaltada por su enorme barriga. Era una verdad irrefutable, ahora lo sabía, no podía negarlo:

All Lives Matter

Esa frase circulaba por su cabeza recordándole a cada segundo la humanidad que dejaba atrás. Tony agonizaba, había sido infectado por uno de los carroñeros cuando intentaba huir. Se escondió en el baño de una gasolinera, pero no fue lo suficientemente rápido y terminó abatido al salir en busca de ayuda, el carroñero lo dejó a su suerte al darse cuenta que ya estaba infectado. Tony terminó por debajo de un Tsuru averiado. Se había tropezado con la manguera de gasolina del dispensador, el olor de la magna lo desorientó, estaba empapado con ella, y se arrastró hasta quedar debajo del Tsuru. Podía sentir la mutación, el cambio desde sus cimientos, en cada átomo y célula. No temía ser otra cosa, ser humano ya era algo en desuso para la vida, sólo no estaba acostumbrado a los cambios, al menos no estaba solo. El Borrego yacía a metro y medio de él, y pasaba por lo mismo, con su ridícula camiseta negra. Podía ver cómo se retorció su enorme panza y esas letras se contraían, para dentro, para fuera.

Siempre creyó que el Borrego usaba esa camisa para llevarle la contra a los progres del grupo, ellos siempre se hacían los interesantes hablando de corrección política, o la equidad de los *postgéneros* humanos, o sus teorías sobre las protestas en *Yankilandia*, y la represión policial que se había extendido como una plaga por el mundo en esos años, antes de que el virus mutara y la gente empezara a cambiar, a ser otra cosa, algo que se escapaba de esa frase y de cualquier otra denominación humana, aun así, seguían vivos. Amorfos y sin una aparente razón, sólo eran envases vacíos de lo que fueron antes, cuando eran personas.

Ellos eran la mayoría, los nuevos dueños de ese mundo: el ser humano no sólo se había convertido en menos del 5% de la vida sobre ese mundo, estaba en extinción; la evolución los había rebasado y cercado, y la única forma de lograr evitar la extinción era mutar, por eso durante años los que aún quedaban intentaron cambiar, dejar de ser humanos para ser otra cosa.

Durante un tiempo el viejo Tony se hizo acompañar por un grupo de chicos *centennials*, como les gustaba denominarse, eran pésimos cazadores y vivían de lo que lograban saquear de las tiendas de autoservicio. Cuando los encontró se volvió inmediatamente su líder, en el hombre a seguir, no es que tuviera un gran conocimiento; a duras penas, en su tiempo Tony pudo terminar la prepa, rondaba los cincuenta, pero se conservaba bien, a pesar de las canas y arrugas poseía un cuerpo que simulaba andar en los finales de los treinta. La gran característica que lo distinguía de esos chicos (casi una decena cuando los encontró, pero se fue reduciendo hasta solo cinco con el paso de los años), es que, Tony había aprendido a ser paciente y perseverante. La experiencia era su gran virtud. Los *centennials* lo aceptaron como a un padre que sabía lidiar con un grupo de adolescentes quejumbrosos que se la pasaban horas hablando de los últimos juegos que hubo para la PS5, las incluyentes “basuro-series” de la *Nexflix* o las pelis del *MCU*, y cosas aún más absurdas como la “conspiración Iluminati” que originó el virus chino (el denominado COVID-21, que se esparció en el 2027), de la intervención de los grises en un experimento que se salió de control y dio origen a los carroñeros, como denominaban a los mutados, según el Borrego, que era un gordo de pelo chino entrado en los treinta, los carroñeros fueron aquellos que superaron la infección del 2025, según su teoría, o al menos lo que Tony logró entender; la mutación de un tercer brote del virus chino en el 2027 no dio origen a los mutados, pero fue la excusa que usaron “los Iluminati” para darlos a conocer al mundo e incluirlos en esta realidad como parte de su complot, diciendo que eran el resultado de la infección, también creían que el virus no era chino, lo habían creado los gringos en un laboratorio en Guantánamo, parte de un complot mundial para que los USA no perdieran su hegemonía ante los rusos y los chinos, y eran apoyados por los grises, una raza de *extrahumanos* de origen interdimensional, los habitantes del extremo noreste de la espiral que atraviesa el multiverso.

Para Tony no sólo era absurdo y algo burdo, él había sido diagnosticado como asintomático en el 2025 y nada le había ocurrido, pero la mayoría de los chicos del grupo lo creía, al igual que las pocas personas que conoció en esa época mientras buscaban sobrevivir a lo que era ese mundo. La paranoia del Borrego no era nueva, venía de los tiempos de cuando aún existía el internet, los *conspiranoídes* la habían hecho popular en hilos de X (aunque todos lo seguían llamando Twitter) o Facebook; “la gente ya era imbécil desde entonces”, esa frase siempre se le venía a la cabeza al viejo Tony cuando el Borrego o algún otro chico del grupo iniciaba su verborrea y citaban sus fuentes, siempre eran “hilos de Twitter”, o “los videos donde salía un anónimo enmascarado, con esas mascararas que se parecían a la de *La casa de papel*”. Odiaba que dijeran eso, ni tan siquiera conocían la película de *V de Vendetta* ni mucho menos la obra de Alan Moore, pero no deseaba admitir ante ellos que cuando era de su edad leía cómics. Le gustaba la imagen que tenían de él, la de un hombre duro y práctico que se hizo en una vida dura y carente de lujos. A él le gustaba verse así, le ayudaba a aceptar todo lo que se había ido y a lo único que podía aferrarse.

Su vida había pasado ante sus ojos en un parpadeo, no estaba tranquilo como se supone que debía estar en ese momento, como se decía que era el instante previo a la muerte. Eso le indicaba o, que era erróneo ese dato que escuchó a tantos decir en el tiempo que llevaba viviendo o, esa no era su muerte.

Se perdió en un profundo sueño, era como caer en un enorme e infinito pozo, una caída lenta, suave, que al final topó con la vigilia, en donde todo era nuevo, más brillante y vívido y se podía sentir con cada porción de su nuevo cuerpo. No era así como había imaginado que sería ser un carroñero. No era un animal reducido a sus instintos básicos. Su nuevo cuerpo era brillante y transparente como una medusa, podía ver su sistema nervioso extendido, simulando una enredadera por debajo de esa piel que asemejaba una capa de luz, cada uno de sus sentidos se había modificado, al igual que su percepción, su vibración corporal había ascendido a un grado más alto. Ya no sólo habitaba la Tierra de donde venía, estaba en el mundo que los nuevos habitantes de la vida compartían, era una dimensión creada como una red virtual por las mentes de cada uno de los carroñeros, esos cuerpos deformes solo eran carcasas de metadatos, módems orgánicos para la nueva vida, la realidad era una colmena donde cada vida importaba para sostenerla.

El Borre estaba solo. Él pudo aguantar más que el viejo Tony, quien ahora era una deformidad, uno de ellos, un carroñero. En cualquier momento se levantaría y acabaría con él, de eso no le cabía duda, esas cosas no dejaban nada vivo a su paso, todo lo infectaban. Como pudo, el Borrego inspeccionó los restos de su mochila hasta dar con una botella de un cuarto de brandy a medio acabar, le dio un trago antes de romper su camisa y meter el trozo de tela dentro de la botella. Buscó en su bolsillo hasta dar con el encendedor y antes de prender la tela le dio una última mirada a Tony, aterrado con la idea de convertirse en lo que ya era el viejo. Quería morir con estilo, en una llamarada, aún siendo humano, como si fuese una película, sin saber que su escape evadía el paraíso.